

DOCUMENTO SOBRE SOSTENIBILIDAD

¿Qué significa la sostenibilidad para las mujeres?

El aumento del extremismo, la escalada de los conflictos violentos, las recurrentes y cada vez más profundas crisis económicas, la volatilidad de los precios de los alimentos y de la energía, la inseguridad alimentaria, los desastres naturales y los efectos del cambio climático han hecho que las mujeres sean más vulnerables y han aumentado las desigualdades. La discriminación de género se acompaña de otras formas de desventaja –basadas en la situación socioeconómica, la ubicación geográfica, la raza, la casta y la etnia, la sexualidad o la discapacidad– limitando las oportunidades y posibilidades de vida de las niñas y las mujeres.

Los conflictos afectan de distinta forma a mujeres y niñas y a hombres y niños. Las consecuencias de un conflicto suelen medirse por el número de fallecidos, la mayoría de los cuales son hombres y niños, pero las consecuencias para las mujeres y las niñas, como la violencia de género, no siempre son inmediatamente visibles. Las mujeres y las niñas afrontan mayores riesgos debido a los desplazamientos y a la pérdida de las estructuras de protección y al apoyo habituales. También se enfrentan a un aumento de las tareas relacionadas con la asistencia, tales como proporcionar alimentos, agua y cuidados a los enfermos. Además el 80% de los más de 42 millones de refugiados y personas desplazadas por conflictos en todo el mundo son mujeres y niños.

Las mujeres y las niñas se exponen a mayores riesgos que los hombres durante los desastres naturales y después de ellos. Por lo general los desastres naturales matan más mujeres que hombres; más mujeres fallecen a causa de las sequías, las inundaciones y las tormentas debido a las desigualdades estructurales de género. Varios estudios muestran que las niñas reciben menos comida cuando esta escasea, que se suele dar prioridad a los varones en los esfuerzos de rescate, y que es más probable que se interrumpa la escolarización de las niñas. En los desastres y situaciones de conflicto las niñas pueden verse obligadas a contraer matrimonio o ser víctimas de abusos sexuales. Durante los desastres naturales aumenta la incidencia de las violaciones y de la explotación sexual.

A nivel mundial las mujeres ganan en promedio un 24% menos que los hombres y tienen menos probabilidades que los hombres de recibir una pensión. Eso se traduce en importantes diferencias en el nivel de ingresos de hombres y mujeres durante toda la vida. No obstante en todas las regiones las mujeres trabajan más que los hombres, hacen de media un 250% más de cuidados no remunerados y tareas domésticas no remuneradas que ellos. Y si se suman el trabajo remunerado y el no remunerado, en casi todos los países las mujeres trabajan más



horas que los hombres. La implicación de las mujeres en este tipo de tareas varía mucho en cada país, en función del alcance y la cobertura de los servicios públicos tales como agua y saneamiento, energía, salud y cuidado de niños y mayores. El cuidado de los enfermos y ancianos tiene un efecto negativo en las opciones de empleo de las mujeres.

La crisis y la austeridad están poniendo en peligro los derechos económicos y sociales de las mujeres. Las consecuencias se han notado menos en los países en desarrollo, pero en Europa los gobiernos han recortado los gastos en prestaciones y servicios sociales. En los países en desarrollo los recortes han afectado a las subvenciones para adquirir alimentos, combustible, electricidad y transporte y han puesto en jaque la ampliación de los programas de protección social emergentes.

Las inversiones en infraestructuras de electricidad y energía son esenciales. Unos 1300 millones de personas carecen de electricidad básica para iluminar sus hogares, mientras que casi 3000 millones dependen de los combustibles sólidos para cocinar y calentarse. Las mujeres y las niñas pasan muchas horas recogiendo restos de madera, carbón vegetal, estiércol animal o residuos agrícolas con este fin. Las cocinas tradicionales por combustión de biomasa son la causa principal de la contaminación del aire interior, que es responsable de más de 4 millones de muertes al año; pero además requieren un trabajo no remunerado que limita el tiempo de que disponen las mujeres y las niñas para el trabajo remunerado, la educación y el ocio. Los gobiernos deben invertir en infraestructuras y servicios básicos (agua y saneamiento, salud, electricidad y cocinas limpias) para reducir la carga de los cuidados y el trabajo doméstico no remunerados de las mujeres y dejarles tiempo para dedicarse a actividades productivas y de ocio.

A pesar de los considerables avances logrados, casi mil millones de personas siguen sin tener acceso al agua de un pozo cubierto, de un manantial protegido, de aguas pluviales o al agua corriente. Más de 2500 millones de personas siguen sin tener acceso a instalaciones de saneamiento, como inodoros con cisterna de agua, letrinas orgánicas o letrinas mejoradas de pozo con ventilación; y 700 millones de personas usan instalaciones compartidas, lo que supone un problema para mujeres y niñas debido a la falta de privacidad y seguridad. Además no todas las mujeres y niñas tienen la posibilidad de llevar la menstruación de forma higiénica y digna, muchas se ven obligadas a usar alternativas antihigiénicas para protegerse; como trapos, periódicos y similares. Esto constituye un obstáculo para su asistencia a la escuela y al trabajo. Por lo tanto un mejor acceso al agua contribuye a aumentar la actividad productiva de las mujeres y la asistencia escolar de las niñas.

El 35% de las mujeres en todo el mundo ha sido víctima de la violencia física y/o sexual, aunque algunos estudios nacionales señalan que el 70% de las mujeres ha sufrido algún tipo de violencia física o sexual en algún momento de sus vidas. En la Unión Europea entre el 40% y el 50% de las mujeres han experimentado insinuaciones sexuales no deseadas u otras



formas de acoso sexual en el trabajo. Por otra parte, la trata esclaviza a millones de mujeres y niñas, quienes representan alrededor del 55% de los 20,9 millones de personas que según las estimaciones se ven obligadas a realizar trabajos forzados en todo el mundo, y el 98% de ellas son víctimas de la explotación sexual.

Cualquier forma de violencia contra las mujeres en el lugar de trabajo es una violación flagrante del trabajo decente y un grave síntoma de desigualdad de género. La industria minera es un excelente ejemplo del arraigo de la discriminación y la hostilidad contra las mujeres en todas las culturas, y la lucha permanente para superar esta opresión de género es responsabilidad tanto de los hombres como de las mujeres.

Ciertos estudios señalan la existencia de un vínculo entre el VIH y la violencia, como un factor de riesgo para la infección y como consecuencia de ser identificadas como seropositivas. El bajo estatus de las mujeres y su impotencia son causas directas de la infección por VIH, en particular su incapacidad para exigir la práctica de sexo seguro. En el mundo hay 16 millones de mujeres que viven con el VIH, la mitad de todos los adultos que viven con el virus. La Organización Mundial de la Salud considera que el VIH/SIDA es la principal causa de muerte entre las mujeres en edad reproductiva en los países en desarrollo. Los gobiernos reconocen cada vez más la importancia de la igualdad de género en las respuestas nacionales al VIH.

Las diferencias biológicas entre mujeres y hombres, así como las diferencias determinadas socialmente en lo referente a sus derechos, funciones y responsabilidades, inciden sobre su estado de salud y los riesgos que la afectan. Aunque las mujeres tienden a vivir más que los hombres, no necesariamente gozan de más bienestar. La falta de control sobre los recursos, los cuidados y otros trabajos domésticos no remunerados, y la violencia de género socavan la salud de las mujeres. Urge especialmente cubrir necesidades en materia de salud reproductiva, en particular en lo relativo a información sobre los riesgos vinculados a la reproducción, el acceso a métodos anticonceptivos modernos y a abortos seguros cuando sean necesarios. Las necesidades sanitarias de las mujeres pueden verse desatendidas porque sus vidas no se valoran y se da un trato preferencial a los hombres en la asignación de los recursos sanitarios.

Para lograr el respeto de los derechos de las mujeres en el trabajo es preciso que tengan acceso a un empleo con un salario digno, condiciones de trabajo seguras y protección social. Sin embargo una importante proporción del empleo mundial no cumple estos criterios. El empleo informal está muy extendido en los países en desarrollo, lo que significa que esos trabajadores tienen más probabilidades de vivir en la pobreza que los trabajadores que tienen un empleo formal. Por otra parte, la desigualdad de género es una de las principales causas y efectos del hambre y la pobreza; se estima que el 60% de quienes padecen hambre crónica son mujeres y niñas. En Asia meridional, en África subsahariana y en Asia oriental y sudoriental más del 75% de todos los empleos son informales. El 73% de la población mundial carece total o parcialmente de una protección social. La mayoría de ellos son mujeres.



Las jerarquías basadas en la distinción de género en el empleo informal implican una predominancia de hombres en los empleos más protegidos y mejor pagados en lo más alto, mientras que en lo más bajo de la jerarquía la mayoría son mujeres, con los trabajos menos seguros y peor pagados. Incluso entre los trabajadores independientes del sector informal las mujeres tienden a agruparse en las actividades peor pagadas. Por ejemplo, en la recolección de residuos, los hombres suelen recoger la chatarra, de mayor valor, mientras que las mujeres recogen plásticos y cartón, de menos valor.

Las fronteras entre el empleo formal e informal están desapareciendo, sobre todo como consecuencia de la externalización. La externalización es común en las industrias y empleos donde predominan las mujeres, a saber la restauración, la limpieza y el cuidado de otras personas. En las regiones desarrolladas se suele denominar el empleo informal 'empleo atípico'. En los países de la OCDE desde que empezó la crisis económica el empleo informal ha ido en aumento. Las mujeres representan dos tercios de los trabajadores con contratos temporales involuntarios. El trabajo precario en todas sus formas es un problema para todos los trabajadores, pero lo es especialmente para las mujeres.

Las políticas deben estar dirigidas a aumentar los beneficios del trabajo informal, mejorar las condiciones de trabajo y eliminar la violencia y los abusos que padecen los trabajadores precarios. La protección social debe ampliarse para darles cobertura sanitaria y planes de pensiones. Las normas en materia de salud en el trabajo deberían proteger a esos trabajadores y tener en cuenta los riesgos particulares que afrontan los recolectores de desechos y los trabajadores a domicilio, entre otros.

Los estereotipos de género alimentan la segregación y limitan a las mujeres a una serie restringida de empleos que reproducen su rol de cuidadoras y que están, por lo tanto, infravalorados. Las jerarquías en el lugar de trabajo a menudo se mantienen a través de la violencia en forma de intimidación y acoso sexual, lo que refuerza el poder masculino e impide que las mujeres accedan a puestos de trabajo más importantes o no tradicionales. Los sindicatos no siempre han incluido a las mujeres ni se han tomado en serio sus problemas. Por lo que las mujeres han tenido que luchar para hacerse oír y obtener el reconocimiento tanto de sus empleadores como de los propios sindicatos.

La participación de organizaciones de mujeres en la formulación y aplicación de políticas garantizará que se traten adecuadamente las cuestiones de género. De este modo la igualdad de género será un factor para contribuir al desarrollo humano y a la sostenibilidad, puesto que las desigualdades entre grupos sociales, hombres y mujeres, mujeres ricas y mujeres pobres son un obstáculo para el desarrollo. La reducción de las desigualdades de género fortalece las economías y las sociedades.